

mano la disposicion de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiera traído obreros y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Fuimos, á la salida de los templos, al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas, pero ménos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó el Acrópolis del Balbek, de la nueva Balbek habitada por los árabes. Esta no es mas que una aglomeracion de miserables paredones, mil veces derribados en continas guerras; la poblacion se ha hospedado como ha podido en las cavidades formadas por tantas ruinas; algunas ramas de árboles, algunos techos de paja cubren aquellas viviendas, cuyas puertas y ventanas suelen cerrarse con pedazos de obras artísticas admirables.

El espacio ocupado por estas ruinas de la ciudad moderna es inmenso; se estiende á cuanto alcanza la vista y flanquea dos colinas bajas que ondean sobre el gran llano; el efecto es triste y duro. Estas modernas ruinas recuerdan las de Aténas, que ví un año ántes. El color blanco crudo y mate de aquellas paredes caídas por el suelo y de aquellas piedras diseminadas, no tiene nada de la magestad de las ruinas verdaderamente antiguas; aquello se parece á una inmensa playa cubierta por la espuma del mar. El palacio del emir es un patio bastante espacioso, rodeado de construcciones de di-

ferentes formas, presentando un conjunto bastante parecido al patio de un miserable cortijo de una de nuestras provincias mas pobres; algunos árabes armados guardaban la puerta, á la que se agolpaba la multitud para entrar; los centinelas nos abrieron paso y nos introdujeron. El patio estaba ya ocupado por todos los caudillos de la tribu y por una gran muchedumbre de pueblo; el emir y su familia, igualmente que los principales jeques, cubiertos de castanes y albornoces magníficos, pero llenos de girones, estaban sentados en un tablado elevado encima de la multitud y contiguo al edificio principal: detras de ellos había cierto número de servidores, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos; ayudáronnos á escalar algunas enormes gradas formadas con piedras irregulares que servian de escalera para subir al tablado, y despues de los usados cumplimientos, el emir nos hizo sentar en el divan á su lado; me trageron una pipa y empezó el espectáculo.

Una música compuesta de tambores, de tamboriles, de agudos pífanos, y de triángulos de hierro que golpeaban con una varita del mismo metal, dió la señal: cuatro ó cinco actores, vestidos de modo mas grotesco, unos de hombres, otros mugeres se adelantaron, hasta en medio del patio y ejecutaron las danzas mas estrañas y lascivas que pueden imaginarse. Mas de una hora duraron aquellas monótonas danzas, interpeladas de vez en

cuando con algunas palabras, ademanes y mudanzas de trages y que parecian denotar una inteligencia dramática; pero lo único inteligible era la horrible y asquerosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por el movimiento de los bailarines. Volví los ojos à un lado, y aun el mismo emir parecia que se avergonzaba de aquellos escandalosos placeres de su pueblo, y hacia, como yo, ademanes de desprecio; pero los gritos y los aplausos del resto de los espectadores se alzaban siempre en los momentos en que se revelaban las mas sucias obscenidades en las figuras del baile, y recompensaban à los actores.

Estuvieron estos bailando de aquel modo hasta que, rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron ya soportar la rapidez, cada vez mayor, de la medida, y cayeron al suelo, de donde los sacaron en brazos. Las mugeres no asistian à aquel espectáculo; pero las del emir, cuyo harem daba sobre el patio, disfrutaban de él desde sus cuartos, y las veiamos por entre los enrejados de madera agolparse à las ventanas para mirar à los bailarines. Trajéronnos los esclavos del emir sorbetes y dulces de toda especie, como tambien bebidas esquisitas, compuestas de zumo de granada y de azahar helado en copas de cristal; otros esclavos nos presentaban, para limpiarnos los labios, servilletas de muselina bordadas de oro. Tambien

nos sirvieron café y pipas varias veces. Conversé media hora con el emir, y me pareció hombre de seso y de talento, muy superior à la idea que habian podido darme de él los groseros placeres de su pueblo: es un hombre de sobre cincuenta años, de hermoso rostro, de modales nobilísimos, y muy cortés y solemne, cosas todas que el último de los árabes posee como un don del clima, ó como la herencia de una antigua civilizacion. Su vestimenta y sus armas eran singularmente magníficas. Sus admirables caballos andaban diseminados por los patios y el camino; me ofreció uno de los mas hermosos, y me preguntó con la mas delicada discrecion acerca de la Europa, de Ibrahim, y del objeto de mi viage en medio de aquellos desiertos; respondíle con una afectada circunspeccion, que pudo hacerle creer que en efecto llevaba algun otro objeto que el de visitar colinas y escombros.

Ofrecióme toda su tribu para acompañarme a Damasco, atravesando la cordillera desconocida del Anti-Líbano, que yo queria reconocer. Solamente acepté algunos ginetes para que me sirviesen de guías y de proteccion, y me retiré acompañado por todos los jeques, que nos siguieron a caballo hasta la puerta del obispo griego. Dí la orden de la partida para la mañana siguiente, y pasamos la tarde conversando con el venerable

huésped a quien íbamos a dejar; algunos centenares de piastras que le dejé de limosna para su grey, pagaron la hospitalidad que de él habíamos recibido. Tuvo la bondad de encargarse de despachar un camello cargado con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar a Europa, comision que desempeñó fielmente, y a mi vuelta a Siria me hallé con aquellas preciosas reliquias, que habían llegado antes que yo a Berut.

31 de Marzo de 1833.

Salimos de Balbek a las cuatro de la mañana. La caravana se compone de nuestro ordinario número de camelleros, de árabes, de criados, de escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que van a doscientos ó trescientos pasos delante de la caravana: empieza a amanecer en el momento en que trasmontamos la primera colina que sube hácia la cordillera del Anti-Líbano: toda esta colina está surcada por inmensas y hondas canteras de donde han salido los prodigiosos monumentos que acabamos de visitar. El sol empezaba a dorar sus cimas, y brillaban bajo nuestros piés, en el llano, como rocas de oro: no acertábamos á separar de ellos nuestras miradas; veinte veces nos paramos antes de perderlos enteramente de vista;—en fin,

desaparecen para siempre bajo la colina, y no vemos ya, mas allá del desierto, mas que las negras ó nevadas cumbres de las montañas de Trípoli y de Latakié, que se desvanecen en el firmamento.

Las montañas, poco elevadas al principio, que atravesamos, están enteramente peladas y casi desiertas. El suelo, en general, es pobre y estéril; la tierra, donde está cultivada, es de color rojo. Hay lindos valles, de suaves declives, por donde el arado podría pasar sin obstáculo. No hallamos ni viageros, ni aldeas, ni habitantes, hasta cosa de medio día. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, á la entrada de una profunda garganta por donde corre un torrente, en seco á la sazón. Hallamos bajo una peña un manantial de agua abundante y deliciosa, de que llenamos los cántaros colgados de las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso, nos ponemos en marcha.

Costeamos, por un rápido y escarpado sendero, la falda de una alta montaña de roca pelada, por espacio de sobre dos horas. El valle, que se abre cada vez mas á nuestra derecha, está surcado por un ancho cauce de rio sin agua. Una montaña de roca gris, y completamente pelada, se alza al otro lado, como una pared perpendicular:—empezamos á bajar hácia la otra embocadura de aquella garganta. Dos de nuestros

caballos, cargados de bagage, ruedan en el precipicio; los colchones y las alfombras que llevan encima amortiguan la violencia del golpe, y logramos sacarlos sin lesion notable. Nos acampamos á la salida de la garganta junto á un manantial escelente.

Noche pasada en medio de aquel laberinto desconocido de las montañas del Anti-Líbano: las nieves no están ya mas que á cincuenta pasos sobre nuestras cabezas. Nuestros árabes han encendido una fogata de retama, bajo una gruta, á diez pasos de la loma donde está plantada nuestra tienda. El resplandor de la hoguera atraviesa la loma é ilumina el interior de la tienda, donde nos refugiamos huyendo del frio. Los caballos, aunque cubiertos de sus *libets*, manta de fieltro, relinchan de dolor. Toda la noche estamos oyendo á los ginetes de Balbek y á los soldados egipcios que gimen bajo sus capas; y aun nosotros mismos, aunque cubiertos de una capa y de una manta muy tupida, no podemos soportar la impresion de aquel aire helado de los Alpes. Montamos á caballo á las siete de la mañana, con un sol resplandeciente que nos hace irnos quitando sucesivamente las capas y los caftanes. Pasamos á las ocho, en una llanura muy elevada, por un poblachon árabe, cuyas casas son grandes, y cuyos patios están llenos de ganado y de aves, como en Europa. No nos detenemos en él, porque aquel

pueblo es enemigo del de Balbek y de los árabes de Siria, compónenle unas tribus casi independientes, que tienen mas analogía con las poblaciones de Damasco y de la Mesopotamia. Parecen ricas y laboriosas; todas las llanuras al rededor del pueblo están cultivadas. Vemos hombres, mugeres y niños en los campos. Aran con bueyes. Encontramos al paso jeques ricamente montados y equipados, que van ó vienen de Damasco; su fisonomía es áspera y feroz; nos miran con malos ojos y pasan de largo sin saludarnos. Los muchachos nos gritan denuestos. En una segunda aldea, á dos horas de la primera, compramos á duras penas unas gallinas y un poco de arroz para la comida de la caravana; nos acampamos, á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hácia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima: delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos: el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de Abril, 1833.

Montamos á caballo á las seis de la mañana.—Día hermosísimo.—Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida.—Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas: sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide; puede tener sobre una legua de circunferencia: no se puede descubrir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo, en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas; se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié sobre la roca: —parece aquello una columna de hombres abandonada. Los árabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco,

y creo en efecto que esta es una de aquellas Tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion; —sauces, abedules, inmensos árboles de singular ramaje y hoja negra, crecen en las grietas de los peñascos que ciñen el rio. Seguimos por espacio de una hora aquellas encantadas márgenes, bajando siempre, pero insensiblemente. El rio nos acompaña murmurando y levantando espuma bajo los piés de nuestros caballos. Las altas montañas que forman la garganta de donde baja el rio, se alejan y se redondean en anchas y frondosas grupas, heridas por los rayos del sol occidental: ya es aquella una primera vista de la Mesopotamia; vemos cada vez mejor los anchos valles que van á desembocar en la gran llanura del desierto de Damasco á Bagdad. El valle donde estamos circula blandamente y se va ensanchando. A derecha é izquierda del rio, empezamos á ver rastros de cultivo y oimos lejanos mugidos de rebaños. Vergeles

de albericoques, tan grandes como nogales, ciñen el camino: pronto, con gran sorpresa nuestra, vemos separados con setos vivos, como en Europa, los vergeles y los huertos, sembrados estos de verduras y aquellos de árboles frutales en flor: unas vallas, ó unas puertas de madera, dan paso á aquellos lindos vergeles. El camino es ancho, llano, bueno, como en las cercanías de una gran ciudad de Francia: ninguno de nosotros conocia la existencia de aquel hechicero jardin en medio de aquellas inaccesibles montañas del Anti-Líbano;—evidentemente nos acercamos á una ciudad ó á una aldea de árabes cuyo nombre ignoramos; un gineete árabe á quien encontramos, dice que estamos en las cercanías de un muy estenso lugar, cuyo nombre es *Zebdani*; ya vemos el humo de sus casas que se alza entre las copas de los corpulentos árboles de que está sembrado el valle; entramos en las calles del pueblo, que son anchas, rectas y tienen una acera de losas á cada lado. Las casas que las ciñen son grandes y están rodeadas de patios llenos de ganados, y de huertos perfectamente regados y cultivados. Las mugeres y los muchachos se asoman á las puertas para vernos pasar y nos acogen con caras francas y halagüeñas. Preguntamos si hay en el pueblo alguna plaza cubierta donde podamos hacer noche, y nos responden que no, porque como *Zebdani* no está junto á ningun camino, nunca pasan por él caravanas. Llegamos despues

de haber circulado mucho tiempo por las calles del pueblo, á una gran plaza en la orilla del rio, donde una casa mayor que las otras, precedida de un terrado, y rodeada de árboles, nos anuncia la habitacion del jeque. Me presento con mi dragoman y pido una casa para pasar la noche: los esclavos van á avisar al jeque, que al punto acude en persona; es un venerable anciano, de barba blanca y fisonomía afable y franca: me ofrece toda su casa con una cordialidad que rara vez he encontrado. Al instante sus numerosos esclavos y los principales vecinos del pueblo se apoderan de nuestros caballos, los llevan á un espacioso cobertizo, los descargan y traen sacos de cebada y de paja. El jeque hace salir á sus mugeres de su habitacion y nos introduce primeramente en su divan, donde nos sirven café y sorbetes, y luego nos abandona todas las piezas de su casa. Me pregunta si quiero que los esclavos nos aderecen una comida; pero le ruego que permita que mi cocinero les evite esa molestia, y que nos proporcionen solamente una ternera y algunos carneros para renovar nuestras provisiones, apuradas desde *Balbek*. A los pocos minutos el carnicero del pueblo trae y mata la ternera y los carneros, y miéntras que nuestra gente nos dispone la cena, el jeque nos presenta los principales vecinos del pueblo, sus parientes y sus amigos, y aun me pide permiso para hacer introducir á sus mugeres á presencia de madama *Lamartine*, pues desea-

ban vivamente, me dijo, ver á uná muger de Europa y contemplar sus vestidos y sus joyas. En efecto pasaron las mugeres del jeque, tapadas con sus velos, por el divan donde estábamos y entraron en el cuarto de mi muger: eran tres, y una de ellas parecia por su edad la madre de las otras dos. Las dos jóvenes eran singularmente hermosas, y parecian llenas de respeto, de deferencia y cariño hácia la mas anciana. Mi muger les hizo algunos regalillos, á que correspondieron ellas con otros. Durante aquella entrevista, el venerable jeque de Zebdani nos llevó á un terrado que ha dispuesto al lado de su casa, en la orilla del rio: varios pilares plantados en el cauce mismo del rio, sostienen un tablado, cubierto de alfombras y rodeado de un divan: un árbol inmenso, semejante á los que ya habia visto yo á la vera del camino, cubren con su sombra el terrado y todo el rio: allí es donde el jeque, como todos los turcos, pasa sus horas de solaz disfrutando el murmullo y la frescura de las espumantes aguas del rio, la sombra del árbol y los gorgoros de los mil pajarillos que le pueblan: un puente de tablas conduce á aquella especie de azotea colgante. Este es uno de los mas hermosos sitios que he contemplado en mis viages. La vista resbala sobre las últimas grupas combas y sombrías del Anti-Líbano, que señorean las pirámides de roca negra ó los picos de nieve; baja con el rio y sus olas de espuma

por entre las desiguales cimas de los bosques de variados árboles que trazan su curso, y va á perderse con él en las llanuras en declive de la Mesopotamia, que entran, como un golfo de verdura, en las sinuosidades de las montañas.

Cuando estuvo pronta la cena, supliqué al jeque que se sentase á la mesa con nosotros, lo que aceptó de muy buena gana, y le divirtió mucho el modo de comer de los europeos, pues nunca habia visto ninguno de los utensilios de nuestras mesas. No bebió vino y no probamos á violentarle; la conciencia del musulman es tan respetable como la nuestra: hacer pecar á un turco contra la ley que su religion le impone, me ha parecido siempre cosa tan culpable y absurda como tentar á un cristiano. Largo rato hablamos de Europa y de nuestros usos, de los que nos parecia grande admirador, y él nos habló de su modo de administrar su pueblo. Su familia gobierna hace siglos este canton privilegiado del Anti-Líbano, y los progresos de propiedad, agricultura, policia y limpieza que habiamos admirado al cruzar el territorio de Zebdani, eran debidos á aquella excelente raza de jeques. Lo mismo sucede en todo el Oriente: todo es escepcion y anomalías; el bien, como el mal, se perpetúan en él sin término. Por aquel pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian aquellas provincias bien administradas.

El jeque admiró mucho mis armas, y sobre todo